# BIBLIOTECA ECONOMICA

NUMERO 33.

JUAN BERTIS

# Estudios Críticos.

---

SE PUBLICAN TRES VOLÚMENES POR MES.

**Editor, Francisco A. Gamboa.**

San Salvador, Centro América.

**Septiembre 20 de 1899**

EDICION DE 2,000 EJEMPLARES. Tipografía LA LUZ.

# BIBLIOTECA ECONOMICA.

33 volúmenes publicados, que contienen:

1.º EL PRIMER BESO, por J. Antonio Delgado; TAPALIGUI, por Ricardo Fernández Guardia; PALIMPSESTOS, por Rubén Darío; AMOR IDEAL, por E. Gómez Carrillo; ONDINA, por Ramón Rosa.

2.º FLORILEGIO (colección de pensamientos de autores ilustres).

3.º EN LAS AGUAS DE ABANO, novela por Emilio Souvestre; EL CHAPÍN, EL GUANACO, (cuadros de costumbres) y EL ALMANAQUE, por José Milla.

4.º LA GARZA, LAS TARDES DE ABRIL, A MI GALLO, (poesías), por Juan Diéguez; FRAGMENTOS DESCRIPTIVOS de los poemas de Batres Montúfar; SAN JUAN, LA ROSA, YO PIENSO EN TI, por el mismo.

5.º VÍCTOR HUGO, por Emilio Zola; WATERLOO, por Víctor Hugo.

6.º Waterloo, [conclusión], por Víctor Hugo; La tela invisible, por Hans Christian Andersen, y En familia....yankee, por Heinrich Urban.

7.º POESÍAS de Calixto Velado.

8.º EDGAR POE, por Carlos Baudelaire; LIGEIA, por Edgar Poe.

9.º CUATRO PALABRAS CON UNA MOMIA, EL GATO NEGRO, LA BARRICA DE AMONTILLADO, EL CUERVO, por Edgar Poe.

10.º JOSÉ CECILIO DEL VALLE, por Rómulo E. Durón; ACTA DE INDEPENDENCIA, EL SABIO, LOS MAESTROS, EL CAMPO, ELOGIO FÚNEBRE DEL P. GOICOECHEA, por José Cecilio del Valle; VALLE JUZGADO POR BARRUNDIA.

11.º CUENTOS POPULARES, por don Antonio de Trueba.

12.º POESÍAS de Vicente Acosta.

13.º DOS IDILIOS, por Ludovico Halévy.

14.º DOS IDILIOS [conclusión], por Halévy; LA MORAL DEL MATRIMONIO, por W. S. Lilly; QUIÉN TIENE LA CULPA?, por Amelia E. Barr y Rosa Terry Cooke.

15.º EL CRIMEN DE JULIETA, por Charles Corbin.

16.º EL CRIMEN DE JULIETA (conclusión), por Charles Corbin; ELOGIO FÚNEBRE DE FR. MATÍAS CÓRDOBA, por José Milla; LA TENTATIVA DEL LEÓN Y EL ÉXITO DE SU EMPRESA, por Fr. Matías Córdoba.

17.º y 18.º EFEMÉRIDES CENTRO-AMERICANAS, por Alejandro Marure.

19.º TRADICIONES, por Ricardo Palma.

20.º POESÍAS de Salvador Díaz Mirón.

21.º TRES HÉROES, por Juan Montalvo.

22.º LOHENGRIN, por Ricardo Wagner.

23.º PÁGINAS ALEGRES, por Luis Taboada.

24.º y 25.º CYRANO DE BERGERAC, por Edmundo Rostand.

26.º, 27.º y 28.º WERTHER, por Goethe.

29.º SAN JOSÉ, por Alejandro Dumas; La novia ó el tigre, por J. R. Stockton; Odio de mujer, por Luis Ulbach.

30.º ARTÍCULOS Y BIOGRAFÍAS, por Pedro Ortiz.

31.º y 32.º POESÍAS de Rubén Darío.

33.º ESTUDIOS CRÍTICOS, por Juan Bertis.

Siempre lectura SANA y selecta.

# ESTUDIO SOBRE LA OBRA LITERARIA

DEL

## PRESBITERO DR. JUAN BERTIS. (*)

Permitidme ante todo consignar el hecho de que la juventud universitaria, representada por sus dos sociedades de Ciencias Físicas y de Jurisprudencia, nos haya invitado á los cultivadores de las Bellas Letras, ó para decirlo á la francesa, á los hombres de Letras, y nos haya encargado de plañir, pidiéndoles su tributo de lágrimas á esas santas y eternas plañideras que se llaman la Poesía y las Bellas Letras, que se arrodillan siempre de buen grado en los sepulcros de todo lo bueno, lo bello y lo grande,—al malogrado Padre Juan Bertis, profesor tantos años en este claustro universitario, y en quien se daban cita para formar la unidad de un solo tipo y de una sola personalidad los sendos cultivos de las Ciencias y las Bellas Letras.

Por actos como el presente se acentúa la tendencia de enlazar el genio, el espíritu y las labores de las ciencias con el genio, el espíritu y las labores de la Poesía y las Bellas Letras, y nadie en más alto grado que el Padre Bertis, nos ofrece el tipo en que fundieran las Bellas Letras y las Ciencias sus labores, su espíritu y su genio. Proclamemos esta unión en quien fue una demostración viviente de su excelencia, y lamentemos en la muerte de quien supo realizarla en grado tan perfecto, una pérdida irreparable.

Al tratar de la obra literaria del Padre Bertis, debemos recordar que fue el primer profesor, en la primera tentativa para fundar la cátedra de Literatura de esta Universidad. Sé de sus alumnos, en cuya cultura literaria permanecen las huellas de su trato en la Cátedra y de sus estudios en la prensa,—que daba la forma de una conversación á sus lecciones y que hacía alternar el análisis de un discurso de Cicerón ó de un capítulo de

---

* Leído por su autor en el acto público que en honor del Padre Bertis celebróse en la Universidad Nacional, el día 10 del mes en curso. El padre Bertis nació en San Salvador, el 13 de agosto de 1837. Sus padres fueron el Coronel colombiano Felipe Bertis [de Riohacha], militar del tiempo de Bolivar, y doña Guadalupe Malespín, hermana del General del mismo apellido—una especie de Páez centroamericano—que fue Presidente de El Salvador.

Murió el padre Bertis el 25 de agosto próximo pasado.

N. del E.

Cervantes, con la filosofía benévola de una anécdota ó de una historia.

En estas lecciones en la cátedra y en sus escritos de nuestras desaparecidas revistas, está su obra literaria.

La filosofía en literatura, se esconde siempre bajo la forma, y para conocer al Profesor y Literato que se llamó el Padre Juan Bertis, necesitamos tener en cuenta su calidad de sacerdote, su espíritu analítico adicto á las ciencias, y su exquisita sensibilidad ó sea cierta aptitud de artista y poeta en prosa, que trasciende en todas las páginas de sus escritos. Además ha tenido que haber, entre la filosofía de la Iglesia Católica, y la Poesía, la Literatura y todas las Bellas Artes, una transacción por la cual, la Iglesia cedía en sus limitaciones permitiendo al Arte instalar á la luz del sol la belleza de la forma, y á la literatura antigua, especialmente la literatura griega, penetrar en todas las bibliotecas, y el arte y las letras en cambio renunciaban á sus crudezas antiguas y consagraban con el cincel, con el pincel, con el verso, los símbolos, la historia y las tradiciones de la Iglesia

Esta concesión del Arte y las Letras se hizo extensiva en lo político á la forma de Gobierno Monárquico.

Esta es la evolución qun une la Poesía y las artes con la Iglesia á partir del Renacimiento.

Pero esta transacción tiene su forma perfecta en Corneille, en Racine, en las obras del siglo de Luis XIV; en la escuela fundada por esos grandes poetas de la Monarquía, que domina con su influéncia hasta principios de nuestro siglo.

Pues bien, dentro de esta escuela formada por tantos analizadores é imitadores de los grandes poetas del siglo de Luis XIV, analizadores é imitadores eminentes, á la cabeza de los cuales puede ponerse á Voltaire, ninguno tan digno de apoderarse de la atención, del gusto, de la admiración del ingenio modesto, cuya pérdida lloramos, como el del Abate Delille, cuyo elogio escuché repetidas veces en sus labios y cuya autoridad trae en su apoyo con frecuencia en sus escritos.

Ningún ingenio en verdad tan á propósito para cautivar esta alma, tallada como los diamantes, á diversas facetas, para recibir y para devolver la luz descompuesta en todos sus colores y matices Hombre de imaginación nuestro padre, debía respetar todos los límites que le imponía su ortodoxia; grande investigador, debía aceptar, en la ciencia muchas restricciones y reservas; crítico profundo, la tradición clásica era la más con-

forme con su arte, con su ciencia y con su filosofía y su estética. Así ningún refugio más grato, ningún remanso más apacible, ningún campo tan florido y repuesto, para el espíritu del padre, como la obra del abate Delille, poeta clásico pero no exento de las tendencias del espíritu moderno en cuanto se abre al progreso de las ciencias; de una ciencia tan amable que sus poemas son enciclopedias de historia natural y geografía, y de una filosofía ajena á los sobresaltos de las afirmaciones innovadoras. Todos tenemos nuestro libro ó nuestros libros predilectos: pues lo son por razones del mismo orden que las que inclinaban al padre Juan Bertis hacia tan amable y elevado poeta como el abate Jacobo Delille.

No afirmaré que Delille fuese el modelo exclusivo que se impusiera á su contemplación; pero siendo uno de los que más espacio ocuparon en su espíritu, caracteriza con toda plenitud el ideal del escritor, del poeta y del hombre de ciencia que ante su crítica se hacía acreedor á la admiración y á la imitación. Dados estos antecedentes, nos será concedido recorrer en el campo de las letras, el recodo en que florece la literatura profana de este paisano nuestro. Vosotros como yo asististeis á aquel momento en que abrió grandes horizontes á la meditación en las columnas de nuestras revistas: el origen del lenguaje ó del hombre, la exposición de los métodos de la investigación de la ciencia, el análisis de un discurso de Cicerón, etc: tales eran los asuntos de su elección.

Es inútil examinar si en estas obras se separa de tal ó cual sistema, pues él permanece siempre dentro de su fe con exactitud matemática; pero cualquiera que sea la de los lectores, el padre Bertis hará desfilar ante ellos como en un lienzo, las doctrinas y sectarios que pasan como espadas y combatientes en la refriega de los sistemas. En este recodo hallaréis recogidos en copas de mármol todos los frutos y las flores del jardín clásico, tan majestuoso, tan profuso, tan elegante: Desgreaux, Hugo Blair imperan aquí en absoluto como legisladores del gusto. Racine, Corneille y sus imitadores forman el olimpo de esta gran literatura.

Como á la vuelta de este recodo se encuentra el paisaje dantesco de la Revolución Francesa, con todas sus cohortes de arcángeles rebeldes y sus olimpos de semidioses, una nube, una bruma espesa se alza sobre las tapias de este jardín, festoneado y cubierto por todas las redes inestricables de flores del clasicismo que produce una sola primavera desde Luis XIV hasta Luis XVI.

El amigo de Delille no abandonará este campo bañado por una aurora dotada como por una eterna sonrisa; no traspasará esa tapia cubierta por cascadas de flores, no penetrará más allá de esa nube y de esa bruma espesa, en que se dejan ver chispas de rayos.

La literatura hija de la Revolución Francesa no ocupaba ningún espacio en su preceptiva: Víctor Hugo, Byron, Alfred de Musset, parecían serle desconocidos.

Esta filosofía, este gusto, estas predilecciones, todas las enseñanzas que pueden recogerse en este campo del espíritu humano que hemos trazado, pasan como en un kinetoscopio en las cláusulas de una prosa formada por el manejo extenso del idioma; y como estas fuentes en cuyas márgenes se enfilan grandes árboles, que ensombrecen con sus ramajes las aguas cristalinas que serpentean á sus pies, del mismo modo los escritos del Padre Bertis son de un estilo cuya fluidez y transparencia vuelven misteriosas las grandes vegetaciones que siempre se están reflejando en su fondo: la eufonía, el ritmo latinos: el exámetro horaciano: la cláusula de Marco Tulio: el alejandrino de Regnier ó de Delille.

Señores: hay en la selva una tradición y en toda ella se conserva la herencia de los tiempos: un arroyo cavó un cauce entre guijas; la torrentera ha labrado una avenida monumental, despedazando y enfilando los fragmentos de una antigua roca que formaba todo el suelo de una comarca: el puñado de semillas de roble, de álamos y cedros que trajera un huracán de otros tiempos está perpetuado en los bosques que ensordece la agitación del viento; pero el alma de esta selva, el recuerdo de todas estas historias de la vieja selva, está en el canto de un antiguo ruiseñor, canto que han conservado los ecos y que aprenden é imitan y repiten las mil generaciones de sus aves.

Así se forman los pueblos. En la voz del Padre Juan Bertis había de estos ecos.

Y en verdad, en el concierto de su prosa había una nota que era dulce.

***Francisco Gavidia.***

# JUAN BERTIS.

## OBSERVACIONES CRÍTICAS
### SOBRE EL DISCURSO DE CICERÓN EN DEFENSA DE AULO LICINIO ARCHIAS.

I

SI HEMOS de buscar en los discursos de Cicerón uno que principalmente descubra su carácter oratorio, ninguno más á propósito que el pronunciado en defensa de Aulo Licinio Archias. Las vehementes acusaciones de Verres, Antonio y Catilina, donde vemos levantarse á incomparable altura el genio del orador latino, materia muy vasta nos suministran para admirar la fecundidad más prodigiosa de talento, y el arte maravilloso de hacer cundir el interés por todos los asuntos que toca. Mas para conocer hasta dónde llega el don feliz de ver los objetos bajo mil bellas é importantes relaciones, es necesario ver á Cicerón enriqueciendo un discurso, que según la sencillez y limitación del hecho, debía ser muy estéril, como todas las amplificaciones de la razón analítica, con todas las galas de una variada imaginación y con los trasportes inefables do un entusiasmo sublime.

Si la importancia de la causa, si la extensión y dificultad del trabajo, si el carácter mismo del estilo no nos permiten colocar la defensa de Archias en el rango de aquellos empeñados y sublimes discursos que tanto esplendor y gloria derramaron sobre el foro de Roma, los primores que á cada paso admiramos en aquella producción literaria, nos hacen reconocer en ella al primer escritor latino, y confesar al mismo tiempo, como afirma Lecrerc, que sólo el autor de *La Naturaleza de los Dioses* y de *Las Cuestiones Tusculanas* podía comunicar á

un simple debate judicial la magnificencia y las gracias del estilo de Platón. Cierto es que las vastas miras de política y los conocimientos profundos sobre la ciencia del Estado que con tanta admiración descubrimos en la defensa de la Ley Manilia é impugnación de la Ley Agraria, no se anuncian lo mismo en el discurso de Archias; pero hay aquí, atendida la menor importancia del asunto, una igualdad completa en la parte que tiene más analogía con una discusión deliberativa. Tampoco se experimenta en esta lectura el entusiasmo que excitan las defensas de Cluencio y Milón por la fuerza de las pruebas, el examen filosófico de los hechos y la más feliz aplicación de las leyes; pero la elocuencia se eleva á toda la altura que permite la causa, y nuestro asombro crece á medida que contemplamos la dificultad suma de tratar bien un asunto tan pequeño.

Sobre todo, lo que hay aquí más digno de observarse es, que la elocuencia académica no puede ofrecer al paralelo ninguna obra más profundamente pensada, ni sentida con mayor entusiasmo, ni presentada con más ornato y magnificencia, que este discurso donde vemos, no tanto una defensa judicial, como el más cumplido y bello elogio que ha podido hacerse de la bella literatura.

Aulo Licinio Archias, natural de Antioquía, se inscribió en Heraclea con el objeto de obtener, como lo consiguió, el título de ciudadano romano; mas un acontecimiento casual vino á servir de pretexto á un tal Gracio para disputarle ante los jueces aquel importante y honroso derecho. Habíase incendiado en tiempo de la guerra social el archivo de Heraclea, y con él los registros públicos, circunstancia que no le permitía rendir la prueba auténtica de su inscripción en aquella ciudad; pero como aun contaba con el testimonio de Luculo, los registros de Metelo y otras razones que, si bien de conjetura las unas y de conveniencia las otras, eran todas bastante fuertes,

encomendó á Cicerón su defensa. Este hombre, ligado con Archias por vínculos muy antiguos y muy gratos, y que veía en su causa la del genio y la poesía; no queriendo, á lo que parece, malograr una ocasión tan bella para desahogar sus sentimientos de gratitud, su amor á las letras y su pasión por la gloria, se presenta sin vacilar ante los jueces, y abre su alocución con un exordio magnífico y sobremanera notable por la delicadeza extraordinaria con que supo guardar en él todas las conveniencias oratorias.

" Si hay en mí algún talento, jueces, y yo siento " cuán pequeño es; si tengo algún ejercicio en lo orato- " ria, en que no niego estar medianamente versado; si " poseo algunos conocimientos á consecuencia del cultivo " y estudio de las mejores artes, que no he dejado sin " disgusto en ninguna época de mi vida, Licinio reúne ma- " yores títulos que nadie para recoger con un derecho " exclusivo el fruto de todas estas cosas: pues por más " lejos que camine en el dilatado espacio de mi vida, y " hasta reproducir las primeras memorias de mi niñez, " veo ya á Licinio distinguirse por su celo entre cuantos " me introducen y guían en la carrera de las letras. Y " si esta voz, animada por sus consejos y dirigida por sus " lecciones, ha contribuído á la conservación de algunos, " debo yo sin duda reunir todas mis fuerzas en auxilio y " defensa de este mismo principalmente, de quien he re- " cibido cuanto era necesario á fin de proteger y salvar á " los otros. Y no extrañéis verme aquí tributando un " homenaje de gratitud á los talentos de Archias, recordad " que yo mismo nunca me he consagrado exclusivamente " á la oratoria, y que todas las artes de la imaginación " y del sentimiento tienen cierto vínculo común y se es- " trechan entre sí, como los hijos de una misma familia.

" Y á fin de que á ninguno de vosotros cause admi- " ración que yo en una cuestión de Estado, en una cau-

" sa pública defendida ante el pretor del pueblo romano,
" es decir, del varón más recomendable y escogido, en
" presencia de los jueces más respetables, use de un len-
" guaje tan peregrino en los tribunales, como ajeno del
" estilo forense; os pido que en el asunto me concedáis
" una gracia, la más conforme al carácter del acusado, y
" según me lisonjeo, no molesta para vosotros, y es: que
" al defender á un poeta esclarecido, á un hombre con-
" sumado en la literatura, en medio de los primeros hu-
" manistas, siendo tan delicado vuestro gusto, como dig-
" no el magistrado que preside, cuente yo con vuestra
" benevolencia para extenderme con alguna libertad so-
" bre la excelencia de las humanidades y de las letras;
" y que tratándose de un hombre que por su vida tran-
" quila y estudiosa no ha tenido ocasión de versarse en
" los procesos, ni en compromisos de esta naturaleza,
" me sirva de un estilo casi nuevo y desusado en el foro.

" Si llego á convencerme de haber obtenido esta
" gracia de vosotros, os manifestaré ciertamente que Au-
" lo Licinio, no sólo no debe ser excluído de entre los
" ciudadanos, siendo como es un ciudadano; sino que aun
" cuando no lo fuese, debería obtener este derecho."

Nos interesan de ordinario tan poco las circunstancias privadas del individuo cuando no se ligan de algún modo con nuestros intereses, que difícilmente nos prestamos á una reseña histórica de sus cualidades, y más aún si con ellas se pretende formar algún elogio. Tal era la situación de Marco Tulio en la defensa de Archias, pues haciéndola consistir principalmente en el mérito de éste, tenía que luchar con la natural indiferencia de sus jueces. No se extrañará, por lo mismo, que mencionemos como una grande prueba de su talento, el que haya sabido captarse de un modo tan completo como nuevo y sorprendente la benevolencia, atención y docilidad de los jueces; tres triunfos graduales que iba consiguiendo á me-

dida que propagaba las ideas de su exordio. El primero de ellos es debido á las causas por que se indentifica con su cliente y al modo con que lo hace; el segundo, al género de oratoria que introduce en su discurso; y el tercero, á la singular destreza con que obliga á su auditorio á tomar parte en la causa. Mas como cada una de estas cosas inspira tan grande interés y está desempeñada con suprema delicadeza, merecen todas nos detengamos en ellas muy particularmente.

Se recomienda en general que el orador hable con modestia de sí mismo; pero este precepto vago es tan estéril, como útil y fecunda su aplicación en ciertos casos. No siempre conviene hablar de sí mismo, y aun cuando la personalidad es útil, no siempre debe tocarse de la misma manera. Cicerón, que hablaba en un foro en que podía tenérsele á mal el desempeño de una causa pequeña, no solamente puede aquí, sino que debe en efecto justificarse de haber tomado á su cargo la defensa de Archias. Era éste, si no el verdadero maestro y el gran modelo que había tenido Cicerón, á lo menos un hombre que había tomado el mayor empeño en sus talentos oratorios durante el curso de sus relaciones literarias.

En cuanto al modo con que habla de sí el orador, baste decir que es tan ingenioso y delicado en cuanto al estilo, como á propósito por su destreza para obtener una prevención favorable de parte de los jueces. Un hombre arrogante habría dicho: *á Licinio pertenece recoger el fruto de mis talentos, de mis estudios y de mi erudición.* Un hombre menos reflexivo y filósofo habría dicho: *no soy nada, carezco absolutamente de méritos y de luces; mas el influjo de Archias en lo que soy, exige mi consagraeión actual á su defensa.* Pero Cicerón, situado exactamente en el medio de la arrogancia y de una torpe hipocresía, dijo: *Si hay en mí algún talento etc.* La feliz distribución de las palabras latinas *quid*

*ingenii, qua excercitatio, ratio aliqua,* contribuyen no poco á la destreza de la atenuación: el *non inficior,* despierta dos ideas: primera, el concepto público que no podía desmentirse por una negativa del orador, sin hacerlo caer en un extremo todavía más pernicioso que la arrogancia misma; segunda, la de cierta especie de rubor con que parece confesar su mérito, sólo á impulso de la notoriedad: *non inficior mediocriter esse versatum.*

Intenta el orador disminuír sus talentos á los ojos del auditorio, y se expresa de esta manera: *si quid est in me ingenii, judices.* Por no inferir alguna violencia al idioma castellano, hemos vertido el *quid ingenii,* algún talento, convencidos no obtante de que la versión es inexacta. Quien dice *algún talento,* dice mucho más que *quid ingenii:* pues *algún talento* siempre expresa un todo, al paso que *quid ingenii* se limita á una parte, y no como quiera, sino á una parte imperceptible. Esto era ya mucho; pero el orador aun vacila para expresar de un modo tan absoluto la pequeña idea de sus talentos: así es que aun los pone en duda, valiéndose de la expresión condicional *si* y añadiendo todavía el más solemne testimonio de su conciencia: *quod sentio quam sit exiguum.* Esta última palabra disminuye por sí notablemente la idea, puesto que reúne en un punto los dos extremos de lo pequeño y de lo débil; pero añadiendo á ella la expresión ponderativa *quam,* viene á quedar todo, por decirlo así, en la clase de una nulidad absoluta, de una nada disfrazada. No es tan rigorista tratando de su ejercicio en la oratoria, pues al fin causa menos rubor confesar el trabajo que la pericia: menciona, pues, aquel de un modo más positivo: *qua exercitatio dicendi;* pero dando á entender, como decíamos, que se explica así á causa de la notoriedad, *(non inficior)* y siempre con la precaución de disminuír algo su versación en el foro con la palabra *mediocriter.* Pasa de aquí á los resultados de su talento y de

su ejercicio, escogiendo de propósito las expresiones más vagas: *hujusce rei ratio aliqua.* La palabra *rei* no nos permite saber si se trata del talento ó del estudio; la palabra *ratio* no nos deja entrever ni la clase ni la extensión del resultado; y la palabra *aliqua,* hace todavía más vaga la idea de *ratio.* Sin embargo, sea lo que fuere, el orador tiene cuidado de ocultarnos sus talentos, atribuyéndolo todo al estudio y á la excelencia misma de las letras, de que no había podido desprenderse sin disgusto: *ab optimarum artium studiis et disciplina profecta, á qua nullum confiteor ætatis meæ tempus abhorruisse.*

La proposición que cierra esta cláusula, circunscribe el pensamiento dentro del objeto del discurso: "Archias, dice, debe recoger el fruto de todas estas cosas." Pero hay aquí de notable una idea que hace más feliz aún la atenuación que precede; y es que al mismo tiempo traslucimos, que si habla Cicerón de sus talentos y literatura, es por atribuírselo todo á su cliente, á quien defiende como á un poeta de primer orden.

La segunda cláusula desenvuelve la razón de que Marco Tulio proclame á Licinio dueño casi exclusivo de los resultados que ha recogido aquél en la carrera de las letras: puesto que no puede echar una ojeada sobre la historia de su vida, sin descubrir en Archias el principal agente entre cuantos le conducen y guían por la serie de sus estudios. No era, pues, justo que para él solo estuviese muda una voz que, formada por él, había contribuído á la conservación de tantos ciudadanos. Este pensamiento, admirablemente presentado en la tercera cláusula del exordio, acaba de justificar á Cicerón de haber dicho una palabra sobre su mérito literario, y de haber admitido la defensa de un hombre á quien estaba ligado con el más fuerte de todos los vínculos, con el vínculo del reconocimiento. Un orador que se explica en tales términos, arrastra necesariamente la benevolencia del audi-

torio, puesto que muestra reunidas la modestia, el desinterés, la amistad sincera y la memoria continua de los beneficios recibidos. Nada importa ya el tamaño de la causa que se versa, porque desde aquí la vemos convertirse en causa de interés general: no es ya la causa de un hombre privado, sino la causa de Cicerón, la causa del genio, la causa de la gratitud.

Pero ¡qué! ¿era capaz un poeta de formar los talentos del orador, de influir en sus pensamientos y dar perfección á su estilo? ¿No era de sospecharse que un exceso de celo por su causa arrastrase á Cicerón más allá de la verosimilitud, al tributar un homenaje tan completo al genio de Licinio? Hé aquí una observación al parecer muy natural y poco favorable á la causa del poeta, para que su ilustre y precavido defensor la hubiera dejado sin contestar. Muy habituado á penetrar en el fondo de las cosas, á descubrir sus relaciones más íntimas y á ver de continuo el estrecho enlace que tienen entre sí todos los conocimientos humanos, recuerda que no se ha consagrado nunca él exclusivamente al arte oratorio, y anuncia luego con firmeza que todas las artes de la imaginación y del sentimiento, y por tanto, la elocuencia y la poesía, tienen cierto vínculo común, son las ramas de un mismo árbol, los hijos de una misma familia.

¿Y podría Cicerón merecer el título de grande orador, sin haber gustado largo tiempo las producciones más insignes de la poesía? No: el hombre sigue proporcionalmente en su educación literaria la misma marcha que los pueblos cuando se van adelantando hácia la civilización y la cultura; y es una observación muy digna de hacerse, que siempre los grandes poetas han precedido á los prosadores insignes. Tal es la marcha natural y filosófica del espíritu humano en la fijación de las lenguas: porque registrando cuidadosamente la historia de las letras, vemos que se ha comenzado siempre por lo más di-

ficil, por los mayores esfuerzos, á fin de arrastrar á la multitud, á quien de ordinario no se domina sino por los encantos que derraman sobre ella los triunfos populares de la poesía. Esto es lo que ha sucedido en todos los siglos y en todas las naciones del mundo, como observa el cardenal Maury. Entre los griegos, Homero y Hesíodo precedieron á Demóstenes y Pericles: Lucrecio era admirado de los romanos, mucho antes que Cicerón: el Dante, Petrarca y el Tasso, habían ilustrado la lengua italiana, mucho antes que se hubiera honrado ésta con los escritos de Muratori, de Tiroboschi y del cardenal de Casini; al modo que Marot, Regnier, y sobre todos Corneille, eran ya la gloria de la lengua francesa, cuando vinieron á darle nuevos y brillantes timbres Bossuet, Fenelón, Bourdaloue, Massillon y Flechier.

Si Cicerón hablaba con un auditorio ilustrado, debió éste por lo mismo quedar muy satisfecho con un pensamiento tan grande como bello, puesto que establece los vínculos que unen tan estrechamente las artes diversas que emanan del sentimiento, de la imaginación y del raciocinio y forman el sistema general de la bella literatura. Era imposible disponer mejor al auditorio para contar con su benevolencia; pero todavía nos sorprende más el ingenioso modo con que arrebata su atención y consigue su docilidad.

Para esto le basta sostener el tono de modestia con que se ha introducido, y desplegar toda la riqueza de dicción y toda la magnificencia del estilo, pintando con suprema delicadeza y energía el teatro que se ofrece á su vista. ¡Qué interés no derrama sobre su causa! Es una cuestión de Estado, y muy digna bajo este respecto de elevarse hasta la majestad de la tribuna, puesto que se trata nada menos que de los derechos políticos: es una causa pública, y por lo mismo de grande importancia en el foro: en fin, va á ser tratada en un estilo tan peregri-

no en los tribunales, como extraño al idioma judicial: *quod non modo á consuetudine judiciorum, verum etiam á forensi sermone abhorreat.*

Para fijar la atención, basta herir la curiosidad: ¿y podía imaginarse un medio más á propósito que este anuncio? Sin embargo, quítese la preparación, y él entonces, lejos de avivar la curiosidad, arrancaría la risa del menosprecio. Para introducir esta novedad en el foro, sin aventurarse cuando menos á la indiferencia del auditorio, se necesita de un talento capaz de adquirir antes varios triunfos graduales. Reflexionemos ahora que quien habla es Cicerón, el primer orador de su patria, el juez más competente en la materia; que este orador habla con harta moderación de su mérito, y no más que por manifestar cuánto le debe á su cliente; que hace visible la fraternidad íntima que hay entre la elocuencia y la poesía, y sólo hasta entonces se resuelve á proponer la novedad que va á introducir en la elocuencia; que este anuncio es muy artificioso, pues por una parte supone como una cosa muy natural la extrañeza de su auditorio, y por otra se limita á pedir encarecidamente á los jueces una gracia, y sólo por mirarla como indispensable para el mejor éxito de su causa, y como más conforme al carácter del acusado. Mas á pesar de hallarse íntimamente convencido de que es utilísimo y hasta cierto punto necesario relajar un tanto la severidad del foro en el estilo de su elocuencia, no lo propondría, ¡tanto así es el respeto que profesa á los tribunales! si creyera disgustar con esto al que debe juzgar la presente causa. Pero él todo lo tiene calculado; y sabiendo que la severidad de los magistrados está suavizada por su eminente literatura, se atreve á esperar que su nuevo estilo no será desagradable á sus jueces. ¡Qué filosofía, cuánto gusto, qué talento tan admirable para guardar todos los miramientos oratorios resplandecen en esta preparación! Ella

y sólo ella pudo haber hecho que el anuncio de un estilo desusado y nuevo despertase la curiosidad y fijase la atención de los magistrados y del público.

Vamos ahora al ingenioso modo con que Cicerón interesa á los jueces en el buen éxito de la causa, y los dispone á proteger con sus votos el talento de Archias. Primero había ponderado el severo carácter de su auditorio, diciendo que hablaba ante el más recomendable y escogido varón, *(lectissimun virum)* á presencia de unos jueces muy respetables, *(apud severissimos judices)* y lo que es más, en presencia de un concurso muy numeroso. La enumeración de estas circunstancias es muy necesaria, pues de otra manera podría sospecharse que el orador intentaba sorprender á los magistrados, suponiendo en ellos alguna ligereza. Si el pretor y los jueces eran hombres llenos de madurez; si se hallaban rodeados de un inmenso concurso, cosa que tantos miramientos exigía no sólo de parte de aquéllos, sino aun del mismo orador, no podía ciertamente aspirar éste á su indulgencia, con motivo de la novedad que iba á introducir en el foro, sino por causas muy graves y legítimas, como en efecto las tenía. El acusado era un hombre completamente aplicado á las tareas pacíficas del estudio, sistema de vida nada conforme con la perpetua y activa fogosidad que distingue al hombre público en los debates del foro: *ejusmodi persona quae propter otium ac studium, mínime in judicis periculisque tractata est:* era un gran poeta, un hombre consumado en la literatura, cualidad importante que debía recomendarle eficazmente á los jueces, y que autorizaba también la libertad que el orador quería tomarse al hacer su defensa. ¿Y qué obstáculo podía ofrecer aquel inmenso concurso, para que el orador derramase por toda su oración los encantos y primores de un estilo florido? Muy grande, si él hubiera estado compuesto de una gente inculta y grosera; pero ninguno,

cuando se hablaba entre los primeros humanistas de Roma; *hoc concursu hominum literatissimorum;* ninguno, cuando se hablaba entre los eminentes apreciadores del mérito literario, entre unos hombres tan sensibles á los hechizos de la imaginación, como á los transportes sublimes de la gloria que la poesía se encarga de inmortalizar, como dice Horacio; (1) ninguno, finalmente, cuando el tribunal estaba presidido por un ciudadano cuyo más cumplido elogio está comprendido en la expresión enfática de un pronombre demostrativo: Hoc *denique prætore excercente judicium.* Veamos, pues, cómo el tribunal más grave y más severo se transforma, sin perder estas cualidades, en un tribunal bastante flexible á la causa de un poeta esclarecido. ¡Tal es el triunfo de las conveniencias oratorias! Benevolencia, atención, docilidad; todo está conseguido desde que se presenta un orador tan admirablemente diestro para reunir en un exordio tan acabado, el recuerdo de su mérito, el interés de su gratitud, la importancia de la causa, el decoro y lustre del auditorio, la circunspección, gravedad, sabiduría y literatura de los magistrados.

" No bien hubo salido Archias de entre los niños, y
" de aquel género de enseñanza con que la edad pueril
" suele disponerse al cultivo de las humanidades, cuando
" se consagró todo á las tareas de la composición; y ya
" desde entonces su patria, la noble, opulenta y célebre
" Antioquía, aquella ciudad tan fecunda en los más be-
" llos estudios como poblada de literatos y de sabios, le
" vio levantarse sobre todos por la gloria de su genio.
" ¿Y qué diremos de las otras partes del Asia y de la
" Grecia toda? Tan grande era el entusiasmo que cau-
" saba en sus habitantes el anuncio de este nombre, que
" la expectación pública superaba tanto á su celebridad,

(1) Dignum laude virum musa vetat mori.

" como en su advenimiento excedía siempre la admira-
" ción á la expectativa general. Habíanse derramado
" con tal abundacia en aquel tiempo por la Italia las ar-
" tes y literatura de la Grecia, que su cultivo era más
" esmerado aquí que en los mismos países donde habían
" ellas nacido; y la misma Roma, entregada entonces á
" todos los placeres de la paz, estaba muy distante de
" verlas con menosprecio. Este era el estado de las le-
" tras, cuando los tarentinos, reginos y napolitanos le
" concedieron los derechos de ciudadano con las demás
" prerrogativas anexas á este título, y le juzgaban digno
" siempre de su hospedaje y amistad cuantos eran capa-
" ces de calificar á los grandes ingenios. Precedido de
" una reputación tan brillante, y cuando su fama le ha-
" bía dado á conocer aun á los ausentes, vino á Roma,
" gobernada á la sazón por Catulo y Mario, circunstan-
" cia muy grata para él, pues el primero de estos cónsu-
" les podía brindar á su talento con las más heroicas
" proezas, y el segundo no sólo con hechos ilustres, sino
" con gusto exquisito y un oído ejercitado. Aun no ha-
" bía dejado la pretexta, cuando lo recibieron los Lucu-
" los en su propia casa; y es muy digno de notarse que
" esta casa, donde pasó su juventud, haya sido igual-
" mente el asilo más ordinario de su vejez; porque tan
" distinguida predilección es debida no sólo á su ingenio
" y literatura, sino también á su carácter y á su virtud."

" En aquel tiempo era muy agradable, por su tra-
" to, á Quinto Metelo el Numídico y á su hijo Pío; era
" escuchado con gusto por Marco Emilio; vivía familiar-
" mente con los dos Catulos; recibía mil demostraciones
" de Lucio Craso; y con la urbanidad y finura de sus ma-
" neras tenía tan obligados á los Luculos, y á Draso, y
" á los Octavios, y á Catón, y á toda la familia de los
" Hortensios, que gozaba de la más alta consideración,

" pues le ofrecían sus homenajes, no sólo aquéllos que
" anhelaban realmente por oírle á fin de sacar algún pro-
" vecho, sino, lo más notable todavía, aun los mismos
" que únicamente lo aparentaban."

" Al cabo de un largo trascurso, y después de ha-
" ber partido con L. Luculo á Sicilia y regresado con él
" de esta provincia, vino Archias á Heraclea; y habien-
" do querido inscribirse en ella, por verla disfrutar de
" tan plenos derechos en virtud de nuestra alianza, lo
" consiguió de los heraclenses, ora fuese por su mérito
" particular, ó ya por el crédito y protección de Luculo.
" Publicóse en estos días la ley de Silvano y Carbón, la
" cual otorgaba los derechos de ciudadano á los que es-
" tuviesen inscritos en las ciudades confederadas, con tal
" que tuviesen domicilio en Italia al tiempo de ser publi-
" cada la ley, é hicieran su declaración ante el pretor
" dentro de sesenta días. Archias tenía ya muchos años
" de domiciliado en Roma, é hizo su declaración ante el
" pretor Quinto Metelo, uno de sus más íntimos ami-
" gos."

Sin dejar de ser muy á propósito para una defensa judicial, figuraría con el mejor éxito esta narración en un discurso del género demostrativo. Para referir el orador que Archias fue célebre en toda el Asia y la Grecia, tiene cuidado de pintarnos antes el estado de la literatura en todos esos lugares: sabe muy bien que si una débil llama brilla enmedio de la oscuridad, para resplandecer donde todo está iluminado, se necesita de un torrente de luz. Si Archias arrebató con su genio la universal admiración, no fue entre pueblos idiotas sino en el centro de la cultura; preparación importante para juzgar de su mérito á vista del entusiasmo que causaba y de los homenajes que donde quiera recibía. Una narración tan bien distribuída en orden á los hechos, brilla tanto por su extrema concisión, como imita con su rapidez la cele-

ridad con que se propaga por el mundo la fama de un hombre extraordinario. Es magnífica y completa, y nada echaría de menos la crítica literaria, aun cuando sólo se tratase de elogiar en una academia el mérito de alguno de sus miembros más esclarecidos.

Pero lo que hay aquí de notable es que ella encierra toda la defensa, reducida, como se ha visto, á un hecho bien sencillo. Por la ley de Silvano y Carbón se concedió el derecho de ciudadanos á los que estuvieran inscritos en alguna de las ciudades confederadas, viviesen en Italia é hiciesen su declaración ante el pretor; Archias estaba inscrito en Heraclea, ciudad confederada, vivía hacía muchos años en Roma y había hecho su declaración ante el pretor Quinto Metelo. Su derecho está por lo mismo suficientemente comprobado.

Tiene, pues, razón el orador para decir en consecuencia: *si no se trata sino del derecho de ciudadano y de la ley, no diré otra palabra más: la causa está defendida.* Pero era necesario rebatir objeciones, y esto es lo que hace inmediatamente.

Todos los hechos que acaban de referirse, están comprobados por la declaración de Lucio Luculo y el testimonio de los habitantes de Haraclea. Cierto es que, habiendo perecido los registros del archivo de esta ciudad, no puede rendirse la prueba de documentos; ¿mas por ventura son éstas las únicas que deben admitirse? " Es el colmo de la extravagancia y ridiculez, prosigue " Cicerón, no decir nada contra las pruebas que rendimos, " para exigir las que no podemos tener; despreciar con un " silencio maligno las declaraciones de los testigos, para " reclamar documentos por escrito; y cuando tenéis á la " vista el testimonio de un hombre tan autorizado, el ju- " ramento y la fe de todo un municipio, desechar estas " pruebas que de ningún modo pueden ser falsificadas,

" para insistir en unos registros que, como tú misma con-
" fiesas, suelen serlo todos los días."

Por lo demás, Archias tenía ya muchos años de vivir en Roma cuando se dio la ley é hizo su declaración en los registros de Metelo, los únicos generalmente reconocidos por auténticos. ¿Y á la vista de unas pruebas tan robustas, y cuando aquél se inscribió también en otras ciudades, podrá desconocerse su derecho? Regio, Locres, Nápoles y Tarento, que prodigaban este título á unos simples comediantes, ¿le habrían rehusado acaso á un hombre coronado con la gloria del genio? Muchos se introducían, arrastrándose, en los registros de estos municipios á fin de pasar por ciudadanos; ¿y Licinio Archias, que ni había querido servirse de aquellas ciudades, contento con la de Heraclea sería el único privado de estos derechos? Este ligero extracto de un argumento de conjetura, manifiesta cuánto importan estas inducciones filosóficas en el buen éxito de los negocios forenses, y tienen una fuerza muy grande para convencer á los jueces de la justicia con que contaba para su cliente el defensor de Licinio.

Pasa de aquí á rebatir otra objeción sacada de la falta del nombre de Archias en los alistamientos de la ciudad. Rebátela victoriosamente con hechos incontestables. En dos empadronamientos estaba Licinio ausente con Luculo, y en los tiempos de Julio y Craso no se alistó ninguna parte del pueblo. ¿Podía inferirse algo de aquí contra el derecho que se defendía? Para concluír su refutación y con ella la primera parte, hace mérito el orador de que en los tiempos en que se dice que Archias no había observado la conducta de ciudadano, testó varias veces conforme al derecho de Roma, heredó á varios ciudadanos romanos y fue colocado por Luculo, pretor y cónsul, entre los beneméritos del erario. "Buscad, pues, nuevas pruebas, exclama Cicerón, que Archias

no será vencido jamás ni por su conducta propia, ni por la de sus amigos."

Hé aquí una idea de la primera parte de este discurso. Es demasiado corta y puede tenerse como toda la defensa; pero aquí mismo tenemos ocasión de alabar, aunque en pequeño, los talentos de Cicerón, y aprender á calificar los hechos, darles todo su mérito oratorio y aplicar al mismo tiempo las leyes con una exactitud filosófica. Tan bien sostenidos y enlazados aparecen aquí los argumentos, que los unos van preparando á las otros, y el conjunto causa la más plena convicción. Sea que demuestre con hechos la justicia de su causa, sea que use de la prueba inductiva, sea que forme conjeturas aproximadas, todo satisface á la razón y despierta con eficacia el interés. Si Licinio despreció por Heraclea todas las otras ciudades, es por el grande aprecio y consideración que aquélla gozaba entre los romanos; si no estuvo presente al empadronamiento de los ciudadanos, es porque acompañaba entonces á un general romano, yá cuando éste mandaba el ejército, ya cuando desempeñaba en Asia el cargo de cuestor. En fin, no presenta un solo testimonio sin haberlo revestido antes de todos los caracteres propios para hacerlo respetable y decisivo. Si no es, pues, la oración en defensa de Archias el más bello ornato del genio de Cicerón, ninguno sino éste era capaz de sacar más partido de tan limitado argumento.

## II.

Aunque la primera parte del discurso de Cicerón en favor de Archias pudiera tenerse como toda la defensa, no por eso ha de considerarse la segunda como inútil. Si el tono de ésta no puede avenirse con el carácter de la oratoria forense, los argumentos en el fondo son demasiado propios para robustecer en el concepto de los jueces el incuestio-

nable derecho del acusado. Nada más natural cuando se hace una defensa, que presentar al reo adornado de aquellas cualidades y prendas que son más á propósito para hacerle estimable á los ojos del público y de los tribunales; y una práctica tan propia de todos los tiempos, lo era muy particularmente de la República en que habitaba Cicerón, pues el sistema judicial franqueaba más recursos á los jueces para obsequiar con sus votos las nobles tendencias de un corazón ilustrado. Hé aquí la causa, sin duda, de que el orador se propusiese demostrar que aun cuando Archias no fuese ciudadano, debería serlo, y de que no malograse una ocasión tan bella como la que se ofrecía con este plan á su talento, y una circunstancia la más oportuna para hacer más completa y brillante su victoria.

Comienza, pues, manifestando los motivos que tiene para estimar en tan alto grado las relaciones de su cliente, porque supone la extrañeza que podía causar esto al acusador. "Tal vez ¡oh Gracio! nos preguntarás ¿qué tiene de particular el trato de este hombre, para que hallemos en él un encanto tan irresistible? ¡Ah! El ofrece una grata distracción á nuestro espíritu fatigado con las contiendas del foro, y un descanso muy apacible á nuestros oídos, aturdidos con las querellas judiciales."

Hé aquí la primera ventaja que el hombre público puede sacar del cultivo de la poesía, aliviar un tanto su espíritu de las pesadas tareas de la vida pública, reponerse un tanto para no sucumbir bajo la carga, y conservar el buen humor en medio de las contínuas y penosas agitaciones que necesariamente traen consigo los altos puestos. ¿"Creen, por ventura, continúa el orador, " que podríamos bastar nosotros á la variedad extrema " de negocios que diariamente estamos en el caso de tra- " tar, ni que podríamos sostener una aplicación tan con- " tínua, sino dilatásemos nuestra alma en el cultivo de

" tan amenos estudios?" Segunda ventaja que pueden sacar de aquí los grandes hombres: enriquecer sus talentos, limar su gusto, pulir el estilo de sus obras, adquirir facilidad en el uso de la palabra y llevar á más alta perfección los géneros de estudio á que directamente se consagran.

Después de haber hecho palpables, aunque de un modo genérico, las ventajas de la poesía, puede afirmar, como lo hace con un tono bastante satisfecho, que si tienen razón de avergonzarse de cultivar la bella literatura, ciertos hombres que limitados á ella exclusivamente y haciéndola servir sólo á sus goces privados, no han sacado ningún provecho de aquí para la sociedad, no estaba él en este caso, pues nadie tenía derecho para dirigirle semejante reproche. El tiempo que dedican otros á los placeres, á los recreos y á los juegos públicos, lo había consumido Cicerón por el espacio de su vida en repasar sus estudios literarios, y no más que para concurrir con ellos al bien de su patria y á los compromisos peligrosos de sus amigos. "Serán pequeños é insignificantes mis ta-
" lentos, decía; pero á lo menos conozco muy bien la
" fuente en que he de tomar la energía del estilo, la
" grandeza de los planes, la sublimidad de los conceptos;
" en una palabra, lo más esclarecido y grande que se
" busca y admira en los discursos del orador:" *illa quidem certe, quae summa sunt, ex quo fonte hauriam sentio.*

No puede hacer un elogio ni más completo ni más exacto de la poesía, que tenerla por fuente de lo más escogido y grande que reconocemos en la elocuencia. En efecto, por mucho que la imaginación y el sentimiento concurran á los planes del orador, si éste no está familiarizado con las imágenes atrevidas y los vuelos admirables de la inspiración poética, difícilmente hará tan odioso el vicio, tan amable la virtud, tan dulce y atractiva la

verdad. La feliz violencia de una versificación esmerada es para el orador la fuente de una locución dulce y armoniosa; el cuadro de ritmos variados, donde son tan visibles las faltas gramaticales, es una fuente de corrección y pureza; las licencias felices que se toma el poeta, impelido por la severidad del metro, son para el orador una fuente de fuerza y energía; la necesidad contínua de locuciones figuradas á que se ve reducido por la sobriedad del idioma, son la fuente donde toma el orador las imágenes y el colorido; el arrebato de una vehemente inspiración y la diversidad de giros que exige cada período y á veces cada línea de una composición poética, son para el orador un manantial que le provee de los movimientos impetuosos de la imaginación y del sentimiento. El estro poético engendra la elevación oratoria, bien así como la elegancia de un discurso nace de la compasada y simétrica distribución de las palabras qne forman una poesía. Hé aquí los servicios que á la elocuencia presta la poesía, y por qué Cicerón miraba ésta como la verdadera fuente de cuanto hay de grande y esclarecido en los discursos del orador.

Ha probado ya éste la influéncia de la poesía en los progresos del buen gusto, en la perfección del talento y en los primores del estilo oratorio, para descubrir en seguida lo mucho que contribuyen las bellas letras á la moral, á la virtud y aun al heroísmo.

"Si las lecciones y escritos numerosos de tantos sa-
" bios no me hubieran persuadido desde mi adolescencia
" que nada en la vida se ha de anhelar con tan grande
" interés, como la gloria y la virtud, y que á fin de con-
" seguirlas han de estimarse en muy poco todos los tor-
" mentos del cuerpo, todas las amarguras del destierro
" y aun el peligro mismo de la muerte; nunca por aten-
" der á vuestra conservación me hubiera lanzado á tan-
" tos encuentros, ni hecho tampoco frente á los embates

" diarios de los hombres más detestables. Llenos están
" todos los libros de aquellas máximas sublimes, llenos
" los discursos de los sabios y llena de grandes ejemplos
" la antigüedad; mas, todas estas cosas estarían hoy su-
" mergidas en las tinieblas, si no las hubiese alumbrado
" la antorcha de la literatura. ¡Cuántos caracteres de
" los más grandes hombres no nos han dejado en sus
" obras los escritos griegos y latinos, no solamente para
" satisfacer nuestra curiosidad, sino también para ofrecer
" dechados perfectos á nuestra imitación! Yo me los
" proponía siempre cuando tenía que dirigir los negocios
" del Estado; y la sola contemplación de tan excelentes
" modelos bastaba para sostener mi carácter y fortalecer
" al mismo tiempo mi espíritu."

Todo este trozo se reduce á decir que sin el auxilio de las letras serían perdidos para nosotros la doctrina de los filósofos y los ejemplos de los grandes hombres, recursos poderosos y únicos para formar el carácter y sostener el espíritu en la práctica de la virtud; pero nótese al mismo tiempo la grandeza oratoria con que presenta Cicerón este pensamiento, cómo se eleva el tono á medida que sus ideas progresan, y cuánto interés reciben estas máximas al ofrecerse el orador á vista del auditorio como una experiencia viva de su incontestable utilidad. ¡Qué facundia y qué sobriedad á la vez en tan bella amplificación! No contento el orador con decir que *nada es preferible á la virtud y á la gloria*, desciende á individualizar los accidentes más graves de la vida: todos los tormentos del cuerpo, todos los peligros de la muerte y del destierro deben tenerse en muy poco á fin de alcanzar unos bienes tan positivos y tan grandes.

Mas podía suceder que, á imitación de algunos filósofos, Cicerón estableciera principios que no hubiesen sido el motivo de su conducta, y, por lo mismo, se adelanta á decir que no había tenido más aliciente para lanzarse á

todos los encuentros y arrastrar la furia de los hombres más criminales. No son estos unos conocimientos exquisitos, reservados á un corto número de inteligentes, sino el asunto ordinario de todos los libros, el más camún objeto de los sabios discursos, el designio que descubren con frecuencia los ejemplos más ilustres de la antigüedad. ¡Cuán grande interés no debían inspirar á todos los hombres estos libros, estos discursos, estos ejemplos, y cuán terrible y desastrosa, cuán funesta bajo todos aspectos debía presentarse la sola idea de su pérdida! Pues esta pérdida era infalible, segura, irreparable, si no se hubiese contado con la única antorcha que puede oponerse á las tinieblas de los siglos, con la única luz capaz de hacer visibles á la posteridad los pensamientos y las acciones de otros hombres y de otras épocas, con la antorcha de la literatura: *jacerent in tenebris omnia nisi literarum lumen accederet.* Cicerón babía pasado una gran parte de su vida ocupado en los negocios de la República: su desinterés, su patriotismo, su política, su infatigable celo por el bien de la patria, habían ocupado tanto á los romanos, que al través de las persecuciones y la envidia tuvo ocasión este hombre de columbrar una especie de culto público tributado espontáneamente á su mérito. Calcúlese por aquí el efecto que debieron producir en el auditorio las ideas con que termina el pasaje, esta consagración al estudio de los grandes caracteres que le ofrecía la antigüedad, esta meditación constante que había sostenido su carácter y fortalecido su espíritu cuando se hallaba al frente de la República para dirigirla.

Sin embargo de todo esto, teme haber incurrido en una exageración peligrosa, recela haber dicho demasiado de las letras; y deseando no dejar motivo alguno que inspire la menor desconfianza respecto de sus principios, se propone él mismo la objeción y la satisface con tanta elocuencia como filosofía.

" Pero ¡ qué ! me dirá alguno, ¿ esos mismos varo-
" nes consumados, cuyas virtudes han sido reveladas al
" mundo por las letras, poseían por ventura estos conoci-
" mientos que tú exaltas con tus alabanzas ? Aunque
" tengo por cosa difícil asegurarlo de todos, no vacilo en
" lo que debo responder. Confieso que han existido mu-
" chos hombres de grande entendimiento y excelentes
" virtudes, que sin auxilio del arte. y por la disposición
" casi divina de su misma naturaleza, han sido eminentes
" y justos por sí mismos. A esto pudiera yo añadir to-
" davía, que un feliz natural sin el estudio ha contribuí-
" do más frecuentemente á la gloria y á la virtud, que
" el estudio sin la naturaleza; pero así mismo sostengo
" que cuando á un insigne y esclarecido talento se junta
" cierto fondo de instrucción y cierto sistema de conoci-
" mientos, suele resultar de aquí un no sé qué de subli-
" me y único entre los hombres. A este número perte-
" necen : aquel hombre casi divino á quien conocieron
" nuestros padres, Scipión el Africano; Cayo Lelio y Lu-
" cio Fusio, ejemplos de moderación y de virtud; y aquel
" prodigio de fortaleza, aquel varón tan sabio que no tu-
" vo rival en su siglo, el viejo Catón. Si á juicio de tan
" grandes hombres ningunos medios proporcionasen las
" letras para llegar al conocimiento y á la práctica de la
" virtud, jamás se hubiesen dedicado todos con tanto em-
" peño á cultivarlas. "

Después de habernos hecho sentir la utilidad é importancia de la bella literatura, gusta de presentarla delante de su auditorio como el más noble de todos los recreos y como la mejor compañera del hombre en todas las situaciones de la vida. "Los demás placeres, con-
" tinúa, ni son de todas las circunstancias, ni de todos
" los países, ni de todas las épocas de la vida; muy al
" contrario sucede con las letras, que alimentan la juven-
" tud, encantan la vejez, adornan la prosperidad, abren

" al infortunio un asilo donde viene á encontrar el con-
" suelo: nos deleitan en la casa, no nos embarazan fue-
" ra de ella, nos acompañan en nuestras vigilias, nos si-
" guen en nuestros viajes, nos embelesan en la campiña."

¡Cuántas bellezas, mil veces notadas y mil veces repetidas, siempre antiguas y siempre nuevas; y que ligadas íntimamente con la historia de nuestros goces, se reproducen siempre con nuevos y brillantes atractivos, con cierto encanto indefinido que no acertamos á explicar!

Una ojeada rapidísima sobre el hombre basta para descubrir por todas partes los límites del placer. Nada es parte á contestar la avidez inmensa de nuestro corazón, ninguna alegría conserva sus prestigios; y los placeres comunes de la vida envejecen con nosotros. La infancia vuela y arrastra consigo sus inocentes juegos; huye la juventud, y cede el campo, donde antes se animaba para divertirla el gran teatro de las ilusiones, á los roedores cuidados de la codicia, de la ambición, de los empleos y de todas las cosas que ocupan la edad madura; la vejez entre tanto nos arrebata el aspecto del hombre formado, y entristece y angustia nuestro corazón al presentársenos á la vista circundada de dolores y de afanes, acosada por la ruindad mezquina, siempre dominada por la sospecha, siempre irresoluta por la desconfianza, siempre tímida é inerte.

¿Dónde está, pues, el placer? ¡Ah! No lo busquemos en las tendencias de los sentidos, en la satisfacción de los deseos menos nobles; sino en la perfección del hombre moral, en el cultivo de la razón, en la riqueza del entendimiento, en la fuente pura de las memorias literarias. La literatura convidando á todas las edades con mil placeres que se engendran sin interrupción y se suceden sin semejanza, derrama sobre la vida un encanto tan sublime, que nunca pueden prevalecer contra él ni los embates de las pasiones, ni los dardos del dolor, ni

todas las amarguras de la adversidad. Véase sino al joven prudente, previsor, ocupado en atesorar conocimientos útiles; extasiado con la perspectiva de la gloria; superior á los goces mezquinos y reprobados; tributando un culto apasionado á los grandes modelos; registrando la lira de Píndaro y de Horacio; elevándose con los cantos de Homero y de Virgilio, y participando tal vez con Demóstenes y Marco Tulio de aquellos nobles sentimientos que inmortalizaron á las antiguas repúblicas. ¿Dónde ha encontrado el origen de placeres tan deliciosos? En las lecturas, contestará él, que han sido mi ordinario alimento: *adolescentiam alunt.*

¿Qué importan al anciano los horrores del sepulcro, cuando se animan sin cesar á su presencia las memorias de una vida magnánima cuya senda está regada de laureles? Dejemos al viejo inútil helar nuestra alma con el frío de la muerte, aislarse en el rincón de su retiro, presenciando este espectáculo bien triste: el joven que le abandona, el hombre que le compadece, el fastidio que lo consume y el círculo de sus sentimientos y de sus ideas que se recoge y estrecha sin cesar: porque arrebata de preferencia nuestras miradas ese otro que ha comprado con las lecciones sublimes de su sabiduría el augusto título de venerable: las fuerzas corporales retardan ya sus pasos; pero no importa, porque siempre habituado á buscar en el fondo de su alma la fuente del placer, goza superabundantemente en el silencio de su misma quietud: no puede ya desafiar las tempestades del océano para ir á buscar la sabiduría en el comercio de otros hombres; pero no importa, pues al noble impulso de sus deseos, le sorprende en su pacífico retiro la inmensa comitiva de los poetas, de los oradores, de los sabios, en fin, de todos los pueblos y de todos los países: su edad no es una barrera que se levanta entre él y la nueva generación en que vive: su noble aspecto atrae la risa de la inocencia, y el

niño se duerme sin zozobra en sus brazos: todos los jóvenes vienen á sentarse al rededor de él, y le estrechan y le urgen para que derrame entre ellos los encantos de sus memorias: el guerrero aguarda su aprobación para partir á los combates: el hombre de estado recoge inesantemente de sus labios las máximas de la prudencia: el sabio laborioso somete á su calificación los resultados de sus tareas, y el humanista proclama por todas partes la soberanía de su crítica. Todo en él es venerable, noble, apacible; su cabellera, su barba blanca, su ademán dulce y grave, la benevolencia de sus miradas, la serenidad de su frente espaciosa y despoblada donde la virtud parece haber grabado sus máximas. Esta vejez hermosa, como advierte Segur, lejos de inspirar el espanto y excitar el disgusto, atrae también el amor, y exige de tal modo el respeto, que la imaginación religiosa de los hombres la ha escogido por imagen, cuando ha querido representar al Eterno. Tal se muestra á nosotros el primer filósofo de Atenas en el instante en que muere por la verdad. Tal es el triunfo de la sabiduría, tan incomparables son los encantos que la literatura vierte en el seno de la ancianidad. *Senectutem oblectant.*

Si de aquí pasamos á considerar el influjo de la literatura en los plausibles sucesos de la vida, basta recordar que nunca nos parece tan grande la prosperidad como cuando derraman sobre ella su esplendor las letras y las artes. Pericles no habría dado ciertamente su nombre á su siglo, si Atenas hubiera visto en él única y exclusivamente al genio de la guerra y al árbitro de sus destinos; pero tan hábil político, como excelente orador y amigo de las bellas artes, recibía el reflejo brillantísimo del Liceo y los homenajes de Sófocles y Fidias. El concurso feliz de los talentos militares con el genio de la historia, conservan la preeminencia de César entre los capitanes ilustres; y si Alejandro y Napoleón nos pare-

cen rivales de su celebridad en la guerra, ninguno por cierto podrá eclipsar su gloria, que tanto resplandece en el maravilloso conjunto de su espada y literatura. El nombre de Mecenas ha llegado á la posteridad con tal aparato de magnificencia, menos por el favor de Augusto y los honores de Ministro, que por haber dividido con Virgilio y Horacio la gloria de la poesía con el más brillante ejemplo de protección á tan excelentes estudios. Así es como adorna la bella literatura los acontecimientos más faustos de la vida. *Secundas res ornant.*

¿Y qué será del hombre á quien oprime el yugo de la adversidad, si no cuenta con el socorro de las letras? ¡Ay! abandonado tiránicamente á sus dolores, verá declinar en un momento la luz de su existencia, si no es que ciego por la desesperación desconozca el alto precio de la virtud perseguida, y se éntre por la senda escabrosa del crímen para rivalizar con sus enemigos. Pero considerémosle cuando está poseída su alma de grandes pensamientos, y ofrecerá entonces á nuestra vista mil espectáculos maravillosos y sublimes. Tal vez desde el centro de un calabozo hará salir una obra inmortal que recuerde su nombre á todas las edades, y divierta á todo el género humano con la pintura de un extravagante aventurero que se esfuerza en perpetuar con su ejemplo las ideas caballerescas de la edad media. Tal vez en el instante mismo en que la sociedad lo desprecia y los amigos lo abandonan, su alma se eleva á contemplaciones sublimes; la inspiración se apodera de él y le hace recorrer en espíritu regiones desconocidas, "el infierno se presentará á sus ojos bajo los colores del destierro." (1) y entonces sorprenderá al mundo con un poema divino, y la gloria se le anunciará muy lejos de la patria. Vanos son los conatos de la persecución para agobiar su es-

[1] Madama de Stael. Alusión al Dante en el primer canto de "Corina."

píritu, vanos los artificios bajos de la envidia para cegarle la fuente de los placeres; pues mientras el desprecio de las cortes, la indiferencia del pueblo, las calumnias de sus rivales, la indigencia y el destierro mismo, parecen adelantarse y decirle que ya no hay asilo ni esperanza, una voz augusta y soberana, la voz de la elocuencia, le dice: "Qué son vuestros enemigos cerca de la verdad? Eterna, mientras todo lo demás es pasajero, ella es el alimento de vuestro genio y el apoyo de vuestros trabajos. Millares de hombres insensatos, indiferentes ó bárbaros, os persiguen ó desprecian; pero al mismo tiempo, hay muchas almas que se corresponden con la vuestra de un extremo al otro de la tierra. Tened presente que ellos padecen y piensan con vos; que los Sócrates y Platones muertos hace dos mil años, son vuestros amigos. No formáis ya sino un solo pueblo y una sola familia con todos los grandes hombres que han existido ó existirán; no estáis condenados á vivir en un solo punto del espacio ó del tiempo; vivís para todos los países y para todos los siglos, y vuestra vida se extiende mas allá que la del género humano" (2). Dueños sois de la virtud y de la gloria, inestimable recompensa de las almas grandes: ¿qué son, pues, comparados con ella, *todos los tormentos del cuerpo, todas las amarguras de la adversidad, ni los peligros mismos de la muerte ó del destierro?* Esta perspectiva de gloria, estos encantos de la virtud, que se conocen á favor de las letras; hé aquí lo que basta para disminuír y aun hacer olvidar las vicisitudes más penosas de la vida. *Adversis perfugium ac solatium praebent.*

"Pero la literatura enemiga del mando, que acarrea tan amargos sinsabores, y amartelada de la dulce independencia, se acomoda mucho mejor con la vida privada; y en ella se recrea, y en ella ejerce y desenvuelve sus

(2) Thomas. Eloge de Descartes.

gracias. Ved sino al hombre que por inclinación natural ó por huír del estúpido silencio, de la grosera chocarrería, ó de la ruin maledicencia, se acoge á su dulce retiro: seguidle allí, y veréis cuántos encantos tiene para él la soledad. Allí restituído á sí mismo, al estudio y la contemplación que hacen su delicia, encuentra aquel inocente placer, cuya dulzura sólo es dado sentir á los amantes de las letras. Allí, en amable comercio con las musas, pasa independientemente y tranquilo las plácidas horas, rodeado de los ilustres genios que las han cultivado en todas las edades. Allí, sobre todo, ejercita su imaginación, y allí es donde esta imperiosa facultad del espíritu humano, volando libremente por todas partes, llena su alma de grandes ideas y sentimientos: ya la enternece ó eleva, ya la conmueve ó inflama, hasta que arrebatándola sobre las alas del fogoso entusiasmo, la levanta sobre toda la naturaleza á un nuevo universo lleno de maravillas y de encantos, donde se goza extasiada entre los entes imaginarios que ella misma ha creado." (3) Tan puros é inefables son los placeres que la literatura derrama bajo el techo doméstico! *Delectant domi.*

No se contenta Cicerón con decir que la literatura nos deleita en la casa, pues añade que no nos embaraza fuera de ella *(non impediunt foris....)* Este pensamiento, que á primera vista no tiene derecho alguno para llamar la atención, encierra un sentido tan profundo, y supone un contraste tan bello, que nos vemos obligados irresistiblemente á analizarlo. Reflexionemos que el orador viene presentando las letras por un aspecto puramente grato, é intenta demostrar que aun cuando ellas no rindiesen frutos tan copiosos para la utilidad, *(quod si non hic tantus fructus ostenderetur)* ni se buscara en su cultivo más objeto que el placer, *(et si ex his studiis de-*

(3) Jovellanos. Discurso sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura con el de las ciencias.

*lectatio sola peteretur)* debía sin embargo reputarse esta noble recreación del espíritu como la más digna del hombre, la más ilustre y magnífica de todas. Ha hecho mención de los otros placeres, y ve que son cada uno en su género muy limitados y no pueden convenir á todas las circunstancias, ni á todas las edades, ni á todas las situaciones: *Nam caeterae neque temporum sunt, neque aetatum omniun, neque locorum.*

Pasa de aquí á manifestar del modo más bello lo universal é indefinido de los placeres literarios: tan dulces é intensos para el joven como para el anciano, se gozan igualmente *en todas las edades de la vida*: magníficos, cuando el hombre disfruta los favores de la fortuna; tiernos, suaves amigos y en extremo consoladores, cuando gime bajo el peso de la desgracia, nos hacen ver que saben avenirse con todas las circunstancias y vicisitudes del hombre, y que encantan de mil maneras siempre gratas nuestro retiro. Pero vamos á salir de este retiro, ó bien para respirar el aire puro de los campos, ó bien para visitar otros pueblos y tratar con otros hombres. ¿Los dejaremos en nuestra casa? ¡Ah! ¿Cómo resolvernos á esto, habituados á vivir de sus encantos? ¿Mas por ventura necesitamos vencer grandes obstáculos para llevarlos con nosotros? Esto sería infalible si tratáramos de los otros placeres. Imagínese el más simple de todos, el que consiste en hacer menos incómoda nuestra marcha: ¡qué de embarazos, qué de estorbos! ¿Qué sería, pues, si tratásemos de los otros deleites? Pero las letras que enriquecen el talento y la imaginación, que difunden por el alma un bienestar muy grato, las dulces y caras memorias, las bellas y grandiosas imágenes con que se engalana la poesía para cautivar nuestro corazón, lejos de embarazar nuestra marcha, la sostienen con agrado, viven con nosotros y forman una parte de nuestro sér. ¡Admirable contraste! Sin ser de todos los tiempos ni de todas

las edades, los otros deleites se compran casi por lo común á costa de grandes sacrificios; dependen de mil circunstancias diversas que no siempre están de nuestra parte; nos arrebatan nuestra independencia y embarazan y atacan de mil maneras nuestro albedrío; al paso que las letras, cuyos placeres son tan sólidos, universales é indefinidos, nos acompañan siempre, se confunden con nuestra esencia y no exigen para trasladarse con nosotros ni el más pequeño sacrificio. *Nom impediunt foris.*

Si nos abandonamos al descanso del sueño, éste se transforma en dulce, benéfico y atractivo: no es el pesado sopor que embarga totalmente al hombre rústico, sino un arrobamiento suave y delicioso, que dando al cuerpo cuanto necesita para reponerse de las fatigas del día, le deja al alma todo su imperio; y entonces es cuando se sueña en un hermoso y desconocido universo, cuando sus ideas se combinan de mil maneras agradables y cuando la imaginación, este prisma del alma, le presenta los objetos que conoce bajo mil frescos y variados colores y bajo un aspecto sorprendente y casi divino. ¡Cuántas bellas inspiraciones no deberá el poeta á los prestigios inexplicables de un sueño! ¡Cuántos movimientos sublimes no habrá sacado el orador de esta misma fuente!

¿Y no reemplazan también estos estudios al sueño en los instantes de la vigilia? ¿No tienen cierto mágico poder para difundir en el alma y en los sentidos un arrobamiento feliz que nos arrebata la idea del tiempo que pasamos en tan atractivo desvelo? Tan agradables cuando sostienen el pensamiento con la realidad, como cuando la embelesan con gratas ilusiones, las letras animan el universo todo en los instantes mismos en que la naturaleza reposa, y en que los hombres todos, vencidos del cansancio y la fatiga, olvidan sus cuidados y están sumergidos en el más profundo letargo. *Pernoctant nobisum.*

Cuando viajamos solos, nada dicen á nuestra razón

los diversos objetos que descubrimos en el tránsito: mudas están para nosotros las bellas artes, muda también la naturaleza toda, y el único fruto de una larga peregrinación está reducido al aire que respiramos y á la impresión vaga, confusa y fugitiva de los nuevos objetos. No sucede lo mismo cuando las letras nos acompañan, porque entonces todo está vivo para la imaginación, todo está lleno para el hombre. Un horizonte terminado á lo lejos por montañas de nieve, el suave y bellísimo aspecto de la aurora, la melancólica y sublime imagen del ocaso, la pureza de un cielo apacible, las montañas escabrosas, las agitaciones continuas del océano, su inmensidad y grandeza; todo eleva el alma á los más altos pensamientos, todo la enriquece con ideas magníficas, todo la transporta con sentimientos inefables. Entre tanto, se sorprende sin percibirlo al cabo de su carrera; y después de haber admirado en diferentes pueblos las maravillas de las artes, las diferencias de los usos, el sistema de los gobiernos y la índole de las naciones, vuelve por fin á su patria embriagado de placeres y cargado de importantes descubrimientos, de útiles verdades, de sublimes creaciones, de nuevos y generosos designios. Así es como las letras viajan con nosotros: *peregrinantur.*

Pero donde la literatura franquea más particularmente sus amables atractivos, es en aquellos momentos de la vida en que fastidiados con el eterno bullicio de las ciudades, con la servidumbre de la etiqueta y los molestos y pesados negocios, volamos á la solitaria campiña. Allí recordamos con placer la dicha inefable de Titiro y los infortunios de Melibeo. Las doradas espigas, la miel sabrosa de los panales, las claras fuentes y corrientes ríos, las anchas y livianas cortezas, nos pintan y retratan aquellos dichosos siglos á que los antiguos pusieron el nombre de dorados. Allí sube maravillosamente el precio de los pensamientos grandiosos: allí ostenta me-

jor el espíritu su augusta soberanía: los libros, estos amigos fieles, tienen un no sé qué de nuevo y sorprendente enmedio de los campos. El alma se siente más inclinada á la virtud cuando contempla la frescura de una mañana de primavera, la tarde silenciosa y sublime, el ruído misterioso del bosque lejano y el apacible y grato murmurio de la fuente vecina: allí es donde esta emanación purísima de Dios, se allega íntimamente al trono en que reside, y conversa y trata más al rey de la naturaleza, y donde el himno de la mañana y el cántico de la noche, escapándose de la lira, vuelan con el gorgeo de las aves á llevar los dulces tributos del hombre y la naturaleza al Padre de la creación. ¿Quién entonces, al volver de su retiro campestre, no exclama con Horacio:

O rus! ¿quando ego te aspiciam, quandoque licebit,
Numc veterum libris, nuno somno et inertibus horis,
Ducere soilicitae jucunda oblivia vitae?

*Horacio.*

¿Cuándo á ver tornaré tu alegre suelo,
Quinta feliz, ó se dará á mi anhelo
De la antigüedad sabia en la lectura,
O en el sueño ó el ocio adormecido,
De aquesta vida fatigante y dura,
Gustar en fin el delicioso olvido?

*Traducción de Burgos.*

¿Será extraño, á vista de cuanto acaba de exponerse, que el pensamiento de Cicerón no haya perdido después de tantos siglos nno solo de sus encantos? Ninguno hay medianamente versado que no le tenga en la memoria y lo repita siempre en un transporte inexplicable, y que no le considere como la divisa de la bella literatura. Él es, digámoslo así, el gran pórtico de las letras: porque comprende con admirable concisión y suprema energía, todos sus bellos atributos, todos sus primores exquisitos y todos los atractivos con que brindan á la juventud que se forma en el estudio de las ciencias. ¡Qué de imitaciones excelentes de este pasaje no cuenta la elocuencia académica y la poesía! Hemos tenido ocasión de citar algunos trozos escogidos de Thomas y Jovellanos: veamos ahora uno en que Delille presenta con todo el ornato de su rica imaginación el pensamiento del orador romano.

Beaux-arts! eh! dans quel lieu n'avez-vous droit de plaire?
Est-il á vôtre joie étrangére?
Non: le sage vous doit ses moments les plus doux:
Il s'endort dans vos bras, il s'eveille avec vous.
Que dis-je? autour de lui tandis que tout sommeille,
La lampe inspiratrice éclaire encor sa veille.
Vous consolez ses maux, vous parez son honneur,
L'amour de ses beaux ans, l'espoir de son vieil âge,
Les compagnons des champs, ses amis de voyage;
Et de paix, de vertus, d'études entouré,
L'exil même avec vous est un abri sacré,
Tel l'orateur romain, dans les bois de Tuscule,
Oubliait Rome ingrate, &c.

*L'homme des champs.*—Chant premier.

Después de haber ostentado de un modo tan feliz los timbres de la bella literatura, tiene por lo mismo el orador mucha razón de concluír que aun cuando no pudiésemos elevarnos á tan grande altura, ni participar de sus encantos por nosotros mismos, deberíamos admirar tan preciosos talentos con sólo verlos en los otros: *quod si ipsi haec neque attingere, neque sensu nostro gustare possemus; tamen ea mirari deberemus, etiam cum in aliis videremus.* Esta observación es tan importante como ingeniosa. Debe suponerse que en el auditorio había muchas gentes iliteratas, las cuales, viendo hacer el elogio de las bellas letras, se creerían exonerados de tomar en ello el interés que pretendía inspirar el orador, á causa de no creerse comprendidas entre quienes gustaban de ellas por utilidad ó placer. Pero esta excusa deja de tener lugar desde que se anuncia, como una consecuencia precisa de lo expuesto, que aun cuando no seamos capaces de apreciar por nosotros mismos el mérito de la literatura, debemos admirar, sin embargo de esto, á los grandes hombres que la poseen. Esto se confirma con el ejemplo de Roscio, habilísimo actor, el cual había cautivado tanto con su talento á los romanos, que á su juicio no hubiera debido morir nunca. Justa era la estimación que hacían de este hombre, aunque todo su mérito consistía en los movimientos del cuerpo: ¿cuánto más derecho no debían tener, pues, al entusiasmo universal los movimientos increíbles del espíritu y los vuelos atre-

vidos del genio? Con este motivo pondera el orador el talento de Archias para improvisar, y concluye refiriendo haber presenciado tales encomios de lo que éste había compuesto esmeradamente y en el silencio de la meditación, que le parecía verle ascender hasta lo gloria de los antiguos maestros. "¿Cómo, pues, exclama, no querer á " este hombre, cómo no admirarle, cómo no reunir las " fuerzas de mi espíritu á fin de defenderle?"

"Grandes y eruditos escritores nos han enseñado que " los demás talentos se forman por el estudio, los precep- " tos y el arte; mientras que el poeta lo debe todo á la " naturaleza, se transporta con solo el ardor de su numen, " y recibe, digámoslo así, la sublime inspiración de un " genio divino. No sin motivo nuestro poeta Ennio, ad- " vertido por su experiencia, los llamaba sagrados, como " si viniesen á nosotros revestidos de un carácter celes- " tial, y con algún presente de los dioses que les sirviese " de recomendación entre los hombres.

"Que sea por lo mismo sagrado para vosotros, oh " jueces, que sentís como nadie las delicias de la literatu- " ra, este nombre de poeta, que ni la misma barbarie ha " violado jamás. Las rocas y los desiertos obedecen á su " voz: á la dulzura de su canto mil veces depone su fe- " rocidad y se detiene el indomable bruto: y nosotros, " ilustrados por los mejores estudios, ¿seremos los únicos " en permanecer insensibles á la voz de los poetas?"

La recomendación que hace aquí de los poetas el orador romano, parece poco adecuada á la majestad y al tono serio de la oratoria. Parece que el orador hubiera debido ceder al Mantuano la graciosa ficción, hablando él de un modo más verdadero y más persuasivo. Pero reflexionemos que Cicerón hablaba de la poesía y debía naturalmente tomar su lenguaje; que pretendía arrastrar hacia ella, no el interés ordinario de la utilidad común, sino el acatamiento y veneración que se deben al misterio;

que una época en que todavía los poetas conservaban gran parte de sus prerrogativas sobrehumanas, le abría campo para deslizarse un tanto á lo maravilloso; quo todo este rasgo debe considerarse más bien una serie de alusiones, que como una cadena de raciocinios: en fin, que Platón, cuyas obras eran reconocidas universalmente como un dechado perfecto de razón, de filosofía y de buen gusto, había dado ya el ejemplo y recomendado, por la boca de Sócrates, el genio de la poesía, como un dón sobrenatural; y el canto de los poetas, como la voz profética de un hombre inspirado.

Si se hablase hoy cuando la poesía tiene un carácter muy diferente, cuando lo maravilloso ha debido perder gran parte de sus encantos, y cuando la mitología no puede sostener ya la verosimilitud, no recibiríamos bien un pensamiento que visiblemente alude á la conocida fábula de Orfeo y Anfión, como dice Horacio:

Silvestres homines sacer, interpresque Deorum
Caedibus, et victu faedo deterruit, Orpheus;
Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones:
Dictus et Amphion, Thebanae corditor arcis,
Saxa movere sono tertudinis, et prece blanda
Duxere quó vellet.

Intérprete del cielo el sacro Orfeo
De la vida salvaje y mutuo estrago
Alejó con horror á los mortales;
Y por eso se dijo que su lira
Logró amansar los tigres y leones;
Cual á Amphion la fama le atribuye,
Porque de Tebas levantó los muros,
Que al eco de su cítara movía
Las piedras de su asiento y que do quiera
Con seductor encanto las llevaba.

*Traducción de Martínez de la Rosa,*

Estos versos de Horacio manifiestan, sin embargo de lo que hemos dicho, que al través de la fábula so descubre esta importantísima verdad: la poesía suaviza las costumbres, ilustra insensiblemente á los hombres; y por la melodía con que doleita el oído, predispone mejor á los pueblos á los sentimientos de humanidad: acaso esto dio motivo á la ficción mitológica

Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones.

Platón había hecho la misma pintura del poeta, justificando sus ficciones como verosímiles para nosotros, puesto que para ellos constituyen la realidad y quo sienten cuanto expresan, y ven efectivamente cuanto pintan y

describen. Pero veamos el rasgo en su totalidad y en esta cita reconozcamos á los grandes y eruditos escritores, de quienes habla Cicerón en su discurso.

" Los cantores épicos, dice Sócrates, no deben al " arte, sino á una llama celestial, á un Dios, las bellas " creaciones de su genio; los líricos, á la manera de los " Coribantes, siempre fuera de sì mismos cuando cele- " bran sus danzas religiosas, no cantan á sangre-fría sus " odas sublimes; es necesario que la armonía, que el rit- " mo los exalte; es necesario que una divinidad los posea. " Creemos ver en ellos á esas Bacantes, que, cediendo á " una santa manía, van á beber la leche y la miel al cau- " daloso torrente: acaba su delirio y cesan sus encantos. " No nos engañan los poetas líricos cuando nos dicen to- " do lo que su imaginación les presenta, cuando descri- " ben esos jardines de las Musas, esas fuentes de miel, " esos ricos valles en que recogen sus versos, como las " abejas volando al rededor de las flores. Sí, el poeta " es una cosa ligera, volátil, sagrada; no cantará nunca " sin un transporte divino, sin un dulce furor. Lejos de " él la razón fría; pues desde que pretende obedecerla, " acaban los versos y enmudecen los oráculos. . . . Sólo un " Dios, el Dios que subyuga su espíritu, los toma por " sus ministros, por sus oráculos, por sus profetas; y al " embargarles sus sentidos, quiere darnos á entender que " no son ellos los autores de tantas maravillas, sino que " nos las dice él mismo, haciéndose oír por su voz. . . . Y " tú, que nos recitas los versos del discípulo de los dio- " ses, ¿no eres el intérprete de su intérprete? Díme, " cuando tu voz fiel arrebata á los que te escuchan; cuan- " do cantas á Ulises precipitándose en la tierra, mani- " festándose á los amantes de Penépole y arrojando el " carcax á los pies de ellos, ó al vencedor de Héctor; ó " las lágrimas de Andrómaca; ó los infortunios de Hécu- " ba y de Príamo; ¿tu razón vencida no cede al entu-

" siasmo, y no crees asistir á lo que cuentas? ¿No ves
" tú á Ithaca, los muros de Ilión y todos aquellos sitios
" á donde te llevan tus cantos? No, tú no puedes disi-
" mularlo; en los pasajes tiernos tus ojos se arasan de lá-
" grimas; en las escenas terribles y amenazadoras, se
" erizan tus cabellos, y tu corazón palpita en tu seno." (4)

El trozo que precede suministró probablemente al orador romano el pensamiento con que exalta al genio de la poesía de un modo tan sublime. Esta circunstancia es muy oportuna para dar con ella una lección importante á los que se dedican á la composición. Lejos de avergonzarse el orador ó el poeta, de tomar para sí los pensamientos de otros hombres, debe servirse de ellos, con tal que sepa ofrecerlos de un modo tan apropiado á sus ideas, que no aparezca la menor desigualdad en el estilo. ¿Qué sería del escritor, si no aprovechase los preciosos trabajos de aquellos que le han precedido en la carrera de las letras; si estuviera condenado á no enriquecer sus obras con las producciones de los otros, y á ser original, talvez contra los principios del buen gusto? Recordemos que la novedad no consiste en las partes sino en el todo, y que la originalidad resplandece principalmente en el designio. Nada importa que todos los cuadros se resuelvan en unos mismos colores, con tal que su combinación se nos manifieste bajo un carácter particular; nada importa que en la *Eneida* veamos aparecer aquí y allá los grandes pensamientos de Homero: porque haciendo su lectura, simpatizamos irresistiblemente con Priamo y su familia; y á la vista de una ciudad exhalada entre el humo del incendio, no cantamos el himno de la victeria, sino que dejamos con lágrimas la dulce ribera, el puerto y los campos donde fue Troya.

Littora tum patriae lacrymans, portusque relinquo
Et campos ubi Troia fuit.... (Virg. En. Lib. 3º)

(4) "Pensamientos" de Platón.

# INDUSTRIAS DEL PAIS.

*La Fábrica y el Laboratorio de los señores M. Palomo & Cía.*

Los señores M. Palomo & Cía. han hecho un edificio especial para instalar sus máquinas: una galería abierta al interior, alumbrada por una serie de claraboyas, ocupa un espacio suficiente en una nueva calle abierta en el barrio de Concepción N. E. de la ciudad.

Las máquinas provisoras de fuerza son de la nueva clase que se dio á conocer en la Exposición de París del 89: funcionan por medio de gazolina.

También es especial el sistema de bombas, cuyo cuerpo [illegible]upa muy breve espacio y eleva el agua á una altura considerable, de d[illegible]ga á grandes filtros sistema Pasteur y llena por desnivel muchas v[illegible] que proporcionan el agua destilada que entra en la fabribación de [illegible]os productos.

Entre éstos tienen maquinaria especial las aguas d[illegible]polinaris y de Vichy y ambas tienen también especial envase pues de todos es conocido el cuidado y hasta la elegancia que pone la casa Palomo & Cía. para presentar sus artículos.

Tanto el agua de Apolinaris como la de Vichy, de las cuales se surten nuestros restaurantes y hoteles, se exportan á las ciudades de fácil transporte, como Santa Tecla, Sonsonate y Santa Ana, y están llamadas á sustituír, en gran parte, en muchas plazas de Centro-América, las de igual nombre que se importan del extranjero, pues con su actual consumo han podido ya bajar á la mitad del precio de lás de importación.

Existe también una gran máquina para la fabricación del agua gaseosa.

El golpe de vista de la galería es por sí sólo el mejor elogio del joven é inteligente industrial que ha fundado esta fábrica: las máquinas de vapor se enlazan con los interminables ejes motores á los cuales tienden sus cinchas elípticas: las otras se erizan de manómetros, tornillos y tubos retorcidos: los envases forman una muchedumbre que se acerca por cajonadas á las máquinas de envasar, que se oyen hervir por intervalos, y los grandes recipientes se recuestan á lo largo de las paredes como piaras de metal.

*El Laboratorio.*

No menos interés despierta el laboratorio químico anexo á la Fábrica y en que trabaja el sabio profesor belga don Carlos Renson, importante colaborador de la casa de Palomo y Cía.

Allí están en uso contínuo los microscopios, espectroscopios, polarímetros, etc. Un conjunto de jaulas contiene animales de pequeñas dimensiones, que sirven diariamente en las experimentaciones fisiológicas que practica el doctor Renson en sus estudios sobre las propiedades de la Flora Nacional.

Un departamento especial contiene los hornos que sirven al análisis de los minerales.

Entre las preparaciones de la fábrica Palomo que han entrado ya en nuestro comercio pueden contarse el *Jarabe de hierro inalterable;* el *Vino de las tres quinas, tónico-febrífugo:* la *Tinta azul;* la *tinta indeleble* para marcar.

Debemos hacer especial mención del *Elixir de papayo* para las dispepsias y del *Jarabe pectoral de semilla de morro*, para toda clase de tos.

Ambos artículos pueden habilitar para exportación en grande escala al extranjero dos de los vegetales que con más facilidad y más profusamente se producen en nuestro país.

Ya el doctor don Domingo Call había hecho loables esfuerzos en favor de la habilitación de la papaya para el consumo nacional en grande.

Hoy se presenta en otro campo este fruto americano, y él y el morro, pueden, con el esfuerzo de industriales tan entendidos como los señores Palomo [illegible] agregarse en el extranjero al célebre Bálsamo del Perú de nuestras co[illegible] estos momentos en que necesitamos nuevos artículos que añadir al c[illegible] precio ha venido hoy á menos.--*El Economista.*

# POSDATAS.

[EDICIÓN DE LA "BIBLIOTECA ECONÓMICA"]

**Galería de personajes célebres,** en finos fotograbados; veinticuatro páginas de lectura *variada, curiosa y útil*, que cambia de objeto en cada página y mantiene vivo el interés hasta la última. Edición mensual, por ahora.

Ha circulado el número 1º, *con el retrato de Morazán.*

Está en prensa el número 2º con el retrato de Carrera.

Vale **medio real** cada ejemplar.

***Francisco A. Gamboa,***
*Editor.*

La BIBLIOTECA ECONÓMICA anunciará, con breves comentarios, las obras que sean remitidas al Editor don Francisco A. Gamboa.

San Salvador, Centro América.

EL ESTABLECIMIENTO DE CRÉDITO *"La Confianza"*

continúa dando dinero á mutuo, **en cualquier cantidad** *sobre toda clase de prendas.* Se encarga de vender EN COMISIÓN todos los objetos que se le encomienden.